

El genio monstruo de Costa, de Aragón y de España*

ÁNGEL SAMBLANCAT

*A la Nueva España. A la España vieja,
siempre joven, siempre nueva, con cara y
espíritu de siempre novia, que dicen en Castilla.*

A. S.

a) No hacer el ventilador y no moler aire, al hablar.

No quiero banalizar sobre Joaquín Costa; y masticar acerca de su figura ingente, un solo concepto, que no sea migado, nitrogenado, ferroquinado; que no blanquee, impregnado de leche, como una almendra tierna; que, al rayarlo el diamante de vuestra mirada, no halléis que está venado de sangre más dulce que la de una madre.

Quiero que la palabra de este Peán o *Magnificat* cívico, que, como la espuma de un vino nuevo, de un champán digno de la Legión de Honor, me afluje en un escopetazo a los labios y me borbolea en ellos; que la burbuja de él, que no sea una yesca o un cohete, sea una abeja ática; que todos los versículos de este cántico de Simeón, en que se me desborda el alma hecha tirabuzones, sean un enjambre de flechas salvajes, empenachadas e irisadas; un plumerío versicolor y un abanico de chispas y de avispas; los bañen rosicleres de cerecedas de Monzón y del Huerva, resoles y tornaluces crisoprásicos de azulejería morisca de Muel.

Proceder de otro modo, hablar de Joaquín Costa en un lenguaje, que no sea alabastrino, que no sea de metal, fuera subírsele simiescamente a la barba bellida al canterizo y carrasqueño ribagorza-

no —Ribagorza, Ripacurcia, *ripa quercuum*—, al que rendimos hoy un homenaje de tizonas nunca envainadas, de ametralladoras jamás frías y en ningún momento silentes. Sería empañar nuestro honor de guerreros templarios, de caballeros del Temple —y de qué temple!— ni muertos, vencidos; y ofenderos a los compatriotas, que me tenéis robado más corazón, o sea, a los carpinteros santos, que vinisteis a estos desiertos de esfinges, de pirámides y animadas e inanimadas terracotas, no al olor de las ollas de Egipto y deslumbrados por las riquezas de Faraonia, sino con la comadre, la nidad y el burro en brazos, a sacar a flote el Arca Santa de vuestro ideal quijótico, y a salvar a vuestros churumbeles de los infantideicidios de Judea, de la sádica mórbica del horrendo Barba Azul, que se da banquetes de criaturas aun no desbíberonadas, y de dolorosas madres, más crucifixas, transfixas, trinchadas y hechas picada y moltura que sus hijos.

b) La palabra es una energía: no es Doña, sino Don.

Pocos plumitivos o mamíferos de pluma hay, que conozcan como los españoles la esgrima del florete y el estilete buidos; del contratajo y la supi-

nación, con que se amaga el tercer espacio intercostal de farautes y calpixques, que tienen los ayes de angustia del estado llano y la fayenza de color, en menos que el relincho de un yegua.

Don Francisco el de las Gafas, el gran doctor y lector de Prima Luis de León, los mejores picapedreros y colportores intelectuales de nuestra estirpe, nos han enseñado el busilis del rimar que lleva a las ergástulas y a los exilios; y hasta a apurar el cáliz o el cuenco, que García Lorca se echó entero el pecho sin resollar, sin pestañear casi, ante los charoles calaverosos del cuadro de ejecución.

Ese idioma de querubes armados de gladios de fuego, de sibilas y de *mediums* en trance, de pescadores de almas sobre los que han descendido las lenguas del Paráclito o santo espíritu, de arúspices israelíticos, tocados en sus labios a la hora de la profecía por un carbón ardiente; ese idioma en epilepsia es el único, en que podemos dialogar desde esta roca tenocha de Patmos los humillados y ofendidos españoles de la Diáspora, con los que tiran de la sirga en el suplicio de la mancuerna que el nazismo nos infligió; y nos falarizan, aun después de morir cabeza abajo, pendiente de los pies cosidos con un alambre, el Número Uno bis del dúo enemigo del género humano.

*c) Química del Barroco.
Achaes de San Juanico
a Santa Anita.*

Adrede, en la invocación de estas endechas, he echado los nombres de España y de México, amorosamente al uno en brazos del otro.

No olvido que el connotado muralista Diego Ribera opina que el arte azteca y el arte español son inamalgamables.

Eso puede que ocurra en la arquitectura y en los pasos de cancán de Semana Santa. Pero, en ningún otro plano de la existencia, que no sea el de la tectónica o el de la monumentalización, está de pie ese antagonismo.

Confieso que a mí, hijo de un alarife y maestro de cantería, que no hizo encaje de bolillos en Loarre o en Alquézar, porque la mayor parte de su vida tuvo, de hambre, que comerse las piedras que labró, me dejan pegado a la pared, sentado sobre mis pies de contemplador papanatas, los digamos así megalitos de Yucatán.

Entre las hogueras de nuestro churrigueresco, que encendió por aquí el Santo Oficio y las montañas de pan de pobre, de berroqueños chuscos, de

vuestros aborígenes náhoas, no sé a qué carta quedarme. Lo mejor me parece la fogata sobre la cumbre; el volcán comiéndose el cielo con su llama, que, como el Popocatépetl, es lo que se me antoja a mí cabalmente España en México.

¡Inasociables, la venerable Madre Patria prolecta y la garrida y joven Patria hija! ¿Qué broma hamléctica, de vestidor de muertos y de simónico enterrador, es la que nos gastáis? No seáis crueles con nuestro desplumamiento de viejas águilas, chamacos de América; hijos, como nosotros del simón, miembros del ecumeno hispano, aunque nos reneguéis; sóboles, mal que os pese, nuestros.

Si lo que Ribera certifica no fuese una copla de Calaiños o el romance de la reina Calafia, sería México el único hormiguero del barbecho terraqueo, con el que no fuéramos nosotros aleables.

Cuando un andarríos cheso mira, con las pupilas hechas treinta y seis candiles, a su chesa cimbalera y jilguera, ve en el espejo medio comido a picotazos de la cara querida, el cuño de las catorce civilizaciones, que, echadas en la sartén y el crisol de nuestra historia, han convertido en la cuajada y la jalea de un jamón de Teruel, sin hueso y sin gordo, el suelo entero de nuestra patria.

Ve en el noguerado esmalte de su vihuela de rondador sollastrón y de gato lunero, que rompe los brazos que la aprisionan y en que se le desmayan todos los arcos del cielo en las noches de seda, nada más que estas pavadas: los ojos moros, la frente dórica, galilea la nariz, el cutis zingaro, romano el mentón, la cabellera merovingia, bizantina la hierática quijada, la boca presiega o pérsica; la láctea dentadura, confuciana o bramana. Como quien dice: a Afrodita, a Semíramis, a Agar, a Melibea, a Anubis, a Teodora, a Fátima y a la Cava; a todas las madres gloriosas del humano linaje, juntas, revueltas y hechas un mole, un ramo de jazminada feminidad, un carro de cañero cande y de varas de canela, presidido por una de aquellas torreranas mitológicas, que no tuvieron miedo a la artillería de Napoleón, ante la que estaban haciendo la liebre, como en el canódromo de Luna Park, los más esponjados mostachos de Europa. Y a pesar de rendirse nuestras Agustinas al amor, con la ternura con que el Alcanadre se amansa bajo el puente de Lascellas y se hace un bucle entre las tenacillas de sus pilastras.

Cuatrocientos años de vida, si no queréis fraternitaria y de santa hermandad, de buena vecindad y compañía al menos, contestan por mí al pintor Ribera.

Y le descacharra, sobre todo su tesis, esta última década de camaradaje entre España y México,

México y España, que constituye el único espectáculo moral no conturbante, la única panorámica que no hace vomitar o pedir la escupidera, del mundanal bajo.

¿Qué fuera sin nosotros la tierra? Una basuración. Cubierta de artisa y de brocado, de dalmáticas y capas pluviales, si se quiere. Pero, eso, que con mal gusto he dicho ya y que la buena crianza me veda repetir.

Sobre esa miseria de espanto, sobre una árida duna de esa desértica landa, se halla sésil, filosofando y vertiendo seso fundido por los ojos como dos carbunclos un santo profeta: España. Y a su lado, consolándola, México, como aquel discípulo que acompañaba a Sakiamuni y le refrescaba los calenturosos y destartalados coturnos al borde de los arroyos.

Como no hay fundente más positivo de los corazones, que las madres del vinagre apuradas preagonizando, recordaré que Dostoievski, en la novela de su suplicio de forzado en Siberia, fue quien encontró la frase más candente de la gratitud exasperada y llevada al delirio.

Una mujer, fuera de sí, trata de atajar el desvío de un amante veleta y giróvago, diciéndole:

—Lávate los pies en un barreño y me beberé el agua.

Enloquecidos nosotros también, cuando todas las puertas en que, como ahora, nos rompíamos los nudos de las manos mártires, se mostraban sordas; y con la carga de nuestra prole y de nuestra dantesca desolación a hombros, no éramos más que una escoria comisarial y un espumarajo de frontera; y el espectro de Stefan Zweig, en su brasero del Brasil, danzaba en nuestras pesadillas nocturnas; pensando en México, el agradecimiento nos montaba del pecho a los labios con la vehemencia de un mistral, de un melstrom, de una guturación o laringación pluriocéánica.

d) Ex ungue, leonem.

***Cabeza grande y pies chicos,
al revés de sus pseudopanegiristas.***

Al prometeico titán, que tuvo su Cáucaso mítico en el puñal de basalto que el Esera y el Isábena afilan, se le denomina perifrástica y antonomásticamente el León de Graus y el Macho Ibero.

El Macho llamaban ya a Aragón los ministros aguadores y secapozos de Fernando VII, bombas aspirantes del erario público. Y lo designaban con ese mote, tanto porque Aragón, con el ex reino de

León, son las dos únicas regiones de nombre masculino de la Península, cuanto porque, cuando aquellos taurómacas proyectaban algún bajonazo villano al bolsillo del contribuyente y al eral de sus lidias, la jindama de su alma de rateros les inducía a preguntarse: «¿Qué hará el Macho?» El Macho era Aragón, que eventual o emergencialmente representaba las malas pulgas de nuestro laboriado terruño, con cuyos calzones había que contar.

Como en esas soberbias chamacas indias, dotadas de un calor animal tan esplendente, que parecen un mensaje de la caligine de la selva y un bolido catapultado por los cráteres de nuestros volcanes, y que dicen por aquí que huelen a leona, todo nos memoriza en Costa a la más soberana y noble de las fieras: la acroceraúnica montuosidad de su tórax, su monumentalidad facial y frontal, el poderío con que su zarpa opera en la carne y engrapa la pulpa de los conocimientos humanos.

Tenía aquel pensante peñón, aquel sueño de bronce de Rodin, el rostro fluvial o flumínicamente caudaloso y boscoso de Hamurabi; de uno de aquellos magos caldeos o Nakontes y Nabonasares asirios, a los que no hubo la escultura más que de sentarlos sobre un pedestal, para lograr el blasón más prócer de la heráldica y de los escudos.

e) Estanco de fósforo.

En España, seminario de inteligencias varonas, almáciga de orfebres supermásculos, hay que alinear a Costa —*Ars Magna* luliana rediviva, lapidario de las joyas más bellas del verbo— al lado de los que, con esa doble calificación, merecen figurar en friso o escalafón de tal prez, haciendo oposición o ejerciendo el derecho de opción al número uno.

Los clásicos llamaban padre, padre superno —*omnipotens et Pater et Deus*— a Júpiter. Y el mismo honor discernían a los ríos, que arrancaron civilizaciones múltiparas y clamantes termiteras de pueblos a las entrañas socavonadas de la tierra: al Nilo, al Ganges, al Eufrates, al Ebro, al Tíber.

Para el azufral y el secano de la España macabea, espartaca, cayoytiberiografa de nuestros días, el cerebro de Costa no ha sido sólo una vía navatera y una vena inagotable de irrigación, sino un verdadero diluvio de fecundidad, un septenio de vacas gordas, de cuyas nutricias y galactíferas ubres está pendiente, nuestra generación todavía. Ha sido como el pantano de Barasona y el canal de Tamarite, hidraulismos de su Política genesiaca y

genesiarca por cierto, para las bíblicas Mesopotamias de Monegros y la Litera.

f) Trashumancia y transeuncia.

Ibero, Costa no lo fue nunca.

El ibero es una glosócrata y un cuatrimotorizado quimérico; un novillero de fronteras; un pirandón de litoral y de vertiente, siempre con los camellos ensillados y a punto de unirse a todas las titiriteras caravanas y jacobas peregrinaciones, en crucero cosmopolítico y con el espolón y el tajarar puestos hacia todos los Saharas de la esfera.

El celta es otro garrochista brincón, al que no hay cerro ni piélagos, en que se le atore.

g) Celtiberise ferrosférica.

Costa era celtíbero, como Aragón. Como Aragón, riñón derecho de España, a caballo sobre el santocristo que forman las dos grandes vertebraciones de nuestra orografía —la Pirinaica y la Ibérica—; y con la braña celular, arteriada y vitalizada por el Ebro, el más campeador y racial de nuestros ríos; hilo, en que se ensartan Logroño, Tudela, Zaragoza —la antigua Sansueña de la leyenda— y Tortosa; y que enhebra a Castilla, Navarra, el Moncayo y Cataluña.

Era enterizo Joaquín Costa también y de una madera que el hierro no hendía y sacaba chispas al hacha, como Aragón, viga maestra y espina axial o dorsal de nuestro sistema osteológico, fábrica de las tres cuartas partes de nuestras hormonas históricas; quilla y palo mayor de nuestra argonáutica nave, minera de mundos.

Era Costa celtíbero como Viriato, que no estuvo nunca en Zamora, ni en el Algarbe, más que en efigie o tras del palomerío moñudo, de ceterería tan gavilana allá abajo, sino que tuvo por cuna el espadaje granítico de la sierra de Albarracín. Era celtíbero como la infantería, que pasó la helada nieve de las crestas ligurias, con Aníbal, sus centauros numídicos y sus elefantes a cuestras; y le regaló al Cartaginés las cuatro Samotracias —Canas, Trebia, Tesino y Trasimeno— que lo hicieron casi dueño del mundo y lo pusieron a las puertas de Roma. En Canas fué el ala derecha celtíbera, si no recuerdo mal, del dispositivo de batalla del Barca, la que con la espada corta o cuchillo vaquero de desollar reses, hizo verdaderos primores de arte, cortando la cara a lo más gomoso del dandymo romano que mandaba

Paulo Emilio y causándole, sobre todo, tremendos estragos en las manitas finísticas, que aquellos pollastres llevaban tapadas de anillos.

Costa era serrano, o serrejano, altomontano, cordillerano y abarquero; nervio de rocambre viva. Como los siete mil almogávares de la expedición catalanoaragonesa al Bósforo, que a navajazos astillaron y demolieron cuatro imperios —el griego, el bizantino, el turco y el búlgaro—; y no pudo con ellos nadie, hasta que se entredesgarraron y se autoaniquilaron en luchas intestinas y fratricidas, al considerar las cuales, si no nos congelara la estatura imponente de aquellos fabulosos legionarios, enormes en todo, hasta en el crimen, nos reconciliaríamos con el zancarrón con que Caín masacró a su hermano Abel.

Era nuestro profeta del 98, celtibérico puro, sin una gota de bautismal agua en el vino añejo, en el cariñoso Cariñena de 18 grados de su sangre. Como aquellos excomulgados Anticristos de don Pedro I, que, después de haber batido en toda Aquitania, en defensa de la herejía de Albi, a la hueste cruzada del Papado y de Simón de Montfort, echando los cimientos de un imperio pirinaico, dieron un golpe mortal al poderío de Miramamolín en la Península, haciendo rajadas a la medialuna en las Navas de Tolosa; batalla, en que lucharon conjugadas fuerzas de Aragón, de Navarra y de Castilla, pero la suerte de cuya acción decidieron al brío ilimitado, el empuje incontrastable y la dura cabeza de los aragoneses.

h) La testa blindada.

Supongo que mis carísimos «conterrucaéneos», tan vidriosos y susceptibles siempre, no se me enojarán por esta alusión cáustica y clásicamente castiza a su inderrocable tozudez.

A los que a mí me dicen que los aragoneses hincamos los clavos en la pared de cabeza y con la cabeza, les cuento que, cuando yo era un moñaco, que cabía en un canuto y tenía la carica rubescente como un melocotón de Campiel, me cayó la repisa de un balcón en el tozuelo y se hizo polvo la repisa.

Después, que eso ya lo aclaró, no recuerdo si en «El Criticón» o en «El Arte de Ingenio», nuestro inaforable mago regio, don Baltasar gracioso todo, donde *à peu près* escribe: «Los aragoneses no somos testarudos y mucho menos testaduros y testarrudos.. Lo que pasa es que la pasión de justicia nos arbola. Y la adherencia tenaz a lo que amamos, en tierra de cuchareros se llama ahinco y tesón. La razón que informa nuestros empeños, nos hace

fuerza y tira de nosotros como el doble tronco de jacas de una cuadriga».

Prueba de nuestro caudal temperamental es que España, que nos debe patricios de tan robusta cerebración como Huarte, como Pignatelli, como Azara, como Roda, como Ricardos, como Antonio Agustín, como Mor de Fuentes, como José de Calasanz, como el maestro de la Complutense Pedro Ciruelo, como el jurista de la Audiencia de Cataluña Cancer, como los dos Palafox —el de aquí y el de allá— imita a doña Mariana de Austria, que reinaba «austriacática» o autocráticamente en Castilla, pero en cuyo camarín era rey de los cuatro palos del naípe un paisano nuestro, José Mallada.

Cuando doña Mariana estaba hasta la coronilla de su coronado y coronillado pelele, de la jesuítica melaza hiblea del P. Nithard, de pisayemas toisonados, nigromantes cachuchones, latinados ensalmistas y otra leña de tostar, y quería verle la lámina de toro de Muruve a un hombre no alfeñicado y sin melindres de cinturita y de paje casinero, decía con su fuero más absoluto: «Que talle ahora el de Cinco Villas».

j) Los cuneros no saben lo que es tener papá.

En suma —y para remachar el clavo, en que vengo maceando— Costa era celtibero o maño y magno como Marcial, como Gracián y como Goya. Y como Miguel Servet. Y como los Góngoras barbastrenses, Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, maestros del castellano en Castilla, según Cervantes.

Y, además, como Aranda, Antonio Pérez, y Alvaro de Luna, el triángulo de estadistas más cuadrangulares que España ha tenido.

Y, como si modernamente hubiese querido Aragón demostrar que está al otro lado de la tapia del rigodón de jotas, zorongos, santirulicas volatineras, gasconadas, calendarios de Mariano Castillo y otras rabaleras de nuestro arsenal panderetero, y que no es un barranco entre Cataluña y Castilla, como Marraco dijo, se ha desabrochado el pecho de abajo a arriba, dándole al Commonwealth de taifas almoravídicas de aquende el freo o Estrecho, además de Costa, a Cajal, a Dicenta, a Cavia, a De Buen, a Cejador, a Lucas Mallada —éste es otro Mallada—, al criminólogo Salillas, al civilista Castán, a los arabistas Codera y Asín, al químico Rocasolano, al maestro Luna y a otros planetas y asteroides, dignos de figurar en la misma constelación.

A la par que Aragón, tercer riñón de España, yema y cogollo de nuestro ruedo taurino nacional, eje de la hispanidad antiyugal y antiflechera, tuvo el ribagorzano de pórvido la extralucidez racionalista del celta y del ario y la jugosa sentimentalidad del mediterráneo y del beréber.

j) Categorema y anécdota.

Esa emocionalidad no conecta a Aragón con el cielo, sino que lo intramuscula en la tierra, a la que se ha sentido siempre amarrado por lo más trallado de su nervadura, por sus más electrizados cables sensorios; comulgando con ella en los sacramentos de sus más recios vinos y aceites y de su más eucarístico pan.

A un reverendo metodista o presbiteriano, que me invitó a escribir un volumen sobre la ejecución del inquisidor Arbués por Juan de Esperaindeo, al pie mismo del altar en que decía misa; y acerca de la resistencia opuesta por nuestro pueblo a las irrupciones sarracenas del papismo, para quitarles a Dios y al César lo que era y lo que no era suyo, brindo la siguiente trufa:

Cuando Lefevre, durante los famosos sitios de Zaragoza, tenía encarados los cañones a las pastoralías de la Seo y el Pilar —y fue una lástima que le bizqueara el ojo a aquel tirador de pichón— una comunidad religiosa se ofreció a cooperar en la defensa de la ciudad cercada. El Consistorio iba a declinar de plano colaboración tan valiosa: ¡tan valiosa, porque había monje, que discobolizado contra los atacantes, habría hecho torta por la simple gravitación de su masa a una docena de enemigos! Pero un regidor, menos escamón que sus colegas en cuanto a la lealtad de la clerecía regular y secular, observó atingentemente:

—¿Por qué no hemos de aceptar tan precioso concurso? ¿Teméis, por ventura, que esos siervos de Dios, a las primeras de cambio, se pasen al moro, como les manda su regla? Pues no hay más que meter a cada fraile entre cuatro paisanos (como si dijéramos hoy entre dos parejas de la Guardia Civil). Y despejada esa incógnita ¿qué puede suceder? ¿Que los frailes nos libran de los franceses? ¡Alabado sea Dios! ¿Que los franceses nos libran de los frailes? Pues más loado sea Dios todavía.

Y ahí va esa otra enchilada, que también está sabrosa:

Un capitán de la guardia de don Fernando el Católico, asistiendo a una audiencia de doña Isabel de Castilla, vió echar a un franciscano por alto los

aromáticos *gruyères*, protestando contra las reformas de la vida monacal y la caverna de Gomorra que era el claustro a la sazón, fulminadas por Cisneros. La malva povereliana se desabrió y descomedió de tal guisa, y tan brava se puso, que la reina hubo de mandar salir inmediatamente de la sala a aquel animal de pie redondo. El capitán a que aludimos, se fue tras el frailazo, y, agarrándolo por el acordeón del pescuezo en la antecámara regia, le dijo:

—¡Padre! Si hubieras hablado a una campesina en Aragón tan malacordadamente como lo has hecho a la soberana de Castilla, ya te hubiera yo subido el cordón de San Francisco de la cintura al cuello, y te habría estrangulado con él.

**k) Mariana asiste, por fin,
al destrozo de sus velos núbiles.**

El republicanismo español, que programó nuestro Licurgo legífero, fue para los que propugnamos remociones sustantivas y sustantíficas en la subestructura social, casi nada más que pura garrulería revolucionarimostense, jacobinodemagógica; mero psitacismo tropical, cameral o de cocal; simple algarabía o aljama de esas aves variopintas, que con caída de ojos de don Considerando de primera instancia y una banana por nariz, van vestidas con kimonos de shoguna en noche de besamanos, con clámide de reina de Sabá desterrada en los *sertaos* del Brasil; el republicanismo español, que no careció ciertamente en sus albores de Cincinatos y hasta de más de un Solón, fue esa cocacola y esa horchata de chufas refrescante, esa melancolía de encebollada «bacalao-reacción», hasta que Costa, el inmenso Macho celtibero, lo preñó de jovialidad, de sustancia y de sentido, dándole un programa gacetable y gurgitable.

Había ese ideograma, entre nosotros, empezado a ser fáustico, a fosforarse y a tener vitaminas con Pj y Margall. Pero, el federalismo, que no sale de su estado fetal y larvario, hasta que se perimetra y se objetiva en la Confederación Catalanoaragonesa, es un continente y una medida de capacidad, pero no el grano que dentro de ella aguarda el mañana feliz de la germinación. El federalismo es un continente, como América; es decir, una extensión, una espacialidad, una tempestividad, una contingencia. Es un continente y puede tener a derecha e izquierda mares perlíferos y de coral, pero sin pescado que lo valga; y desembocar en un desilusionante vacío, en la oquedad de una cámara neumática o llantera. Puede de él escamoteársenos el yo y no dejársenos más que la circunstancia.

La República no comenzó entre nosotros a perfilarse con contorno artístico, a tener verdaderamente cara y ojos, tactilidad caliente y mollar bajo la vaporosa y aeriforme túnica, hasta que salió de manos del escultor miguelangelesco ¡qué miguelangelesco! julioantoniesco; hasta que salió del hacha en centellas, del filo del hacha del tallador de robles de Ribagorza. Esa idea no fue potenciada, maternizada, medulada y nucleada; no se activó y sustantiva; no se convirtió en una presencia, en una vigencia o, como se dice hoy, en una vivencia, hasta Costa.

l) El Divino Maestro.

Lo mejor de nuestro Sansovino catedralicio y basilical máximo, del Gran Arquitecto de nuestro Universo y orbe moral, del constructor genesiaco de nuestra más exquisita y delicada España, no es lo que de él se perifonea y se magnificifera, sino lo que del mismo se trascobija, se recata y se hurta, como si fuera el pudor de una inmacula virgen. Quiero decir: su «Colectivismo Agrario» y su «Derecho Consuetudinario».

El comunismo, según nuestro maestro divino de cánones —de todos los cánones— no es un tótem rusogermánico, sino una puerperación mental de nuestra escuela sociológica —P. Mariana, Juan Luis Vives, Caja de Leruela, González de Cellorigo, etc.—; y una criatura social viva, hija del genio sin orillas de España. Engels, Marx, Lenin no han hecho más que cometer el delito de Betsabé y de la bíblica Magdalena que fue lapidada, con esa doctrina. Eso es, adulterarla, desgraduarla, dosificarla, hacerse una capa con recortes suyos. Más claro: sofisticar el colectivismo agrario, infalseablemente terrero y pechero, gremialicio y remensa, antiquirital y anticensal, y hasta cierto punto profundamente cristiano, de nuestro laborismo huebrero. Se ha carnavalizado y trocado en una irrisión, orientalizándola, una perla, que era típicamente occidental, y que en nacárea concha había presentado eclosionar como Venus el sapiente mentor del tirano de Siracusa; montándola sobre un nuevo ivanterribismo, festonado de cadalsos y de knuts; sobre un fredericianismo prusiano-prúsico, tribal y canibal, ci-neasta y panclasta.

El Derecho Público moderno —Constituciones, parlamentarismo, voz y voto femenino en Cortes, justiciazgo lanucero, *Habeas corpus*, franquía de insurrección, tiranicidio, asises, etc.— no se lo sacó de la gruta marina la *Empress of the Sea*. Le faltaba para ello a Su Gracia corona y lo que ésta nimba de majestad. De ese huevo estábamos hartos de hacer

tortillas y de comer pollos en Aragón, antes de que los miriñaques victorianos y previctorianos lo incubaran. Dicho sea esto, con la venia del beatísimo y tres veces Santo Padre del fabianismo conllevador y cataplasmal, Clement Atlee; y de su penco de silla laskysta, el infumable, infumigable, indigestable e irrefrigerable Bevin; así como de su Labour Party, con más caras que torres repujaron un tiempo los muros de Daroca, que tenían 365, o sea, tantas como días hay en el año. De donde, el pitorreo: «¡Daroca! Daroca, la loca. La cincha grande y la mula poca».

Convenía hacer esta salvedad, porque por menos envían esos bulldogs imperiales con blusa de proletarios, la *Horne Fleet* a Haifa y a Calcuta.

m) *El ciudadano, príncipe de la ciudad.*

El Derecho Civil autoritario, pretoral, señorial, consular, jurispericial, lo arbitra, lo andamia y le pone las cimbras Roma. Pero, el Derecho Consuetudinario, auténtica figura no mortal y permisible del *Jus*, porque sobre él pivotan los dos brazos de palanca de la existencia, y porque transfiere, retransmite o retrovierte la soberanía civil, cien veces más angular que la política, a su origen legítimo, incardinándola a la sede pontificia de que fue usurpatoriamente eviccionada —el pueblo— lo plasmó mi Alto Aragón. No el Aragón llanero, sino el cumbbrero y cimero; el susano o soberano.

Y lo más desopilante de esa maravilla de las maravillas, es que en la cuna del *Standum est litteris*, del canten cartas y mientas barbas, el Derecho no es una latiniparla inculta de escribas y de tabelliones, una cábala y un Talmud de rúbulas, rabíes y rabinos, sino algo que con plétora se vive en plena calle mayor y como una fiesta mayor, como una juventud apolínea; y que se disfruta casi dionisiacamente, como un querer entrañable. Y como él se reivindica, con las armas en la mano.

Ni Jerónimo Zurita —nuestro Jenofonte, nuestro Livio— cronicador circunspecto y ponderado, y con arrobos de sofrosina y de pencas, si los hubo, puede soterrar que el *Corpus Juris* de nuestras Observancias se dictó bajo signos de autoctonía de la netitud de una ficha médica; esto es, bajo la consigna de que desde el hortelano del Jiloca, el gaitero de Caserras y el veterano de Ricla hasta el sarrador de Laspuña y el ovejero de Gistaín, tuteen, no sólo al infanzón de más perendengues, más calderón y pendón, sino al propio Verbo Uno y Trino, aun cuando los tenga a tenedor y hoja de afilar en el

cielo; y traten como a mucamos a reyes y primiceros, en tanto que sean mantenidos y criados a botella por sus vasallos.

Tanto es así que nuestra primera Emperatriz Indiana, decía con desaliento irreprimible al que montaba tanto como ella en nuestros hipódromos: «Aragón nunca scrá nuestro del todo. Habría que irla a conquistar cada día».

Y roboraba esa aceda quejumbre el hecho de que, cuando las cancillerías castellanas cruzaban la raya aragonesa, habían de poner en el suelo los símbolos de sus magistraturas, las varas de medir el bien y el mal, so pena de que el primer pelaire o aladrero de las burgadas finítimas les acanara con aquéllas el taller.

Tampoco dentro del país se pactaba con el desmán o se hacía la vista gorda ante el desaguisado. Notificado de una multa por justicia el hidalgo de Castellar, Martín Cerdán; y amoscado éste por una exacción, de que se creía exento poco menos que de juro de sangre y de derecho divino, dió a elegir al actuario gerundiador, entre esfumársele de delante y salir de las orejas por la ventana, o besar tres veces las nalgas de la mula del irascible ricohome. Los jurados de Zaragoza, con quienes no se permitía rentoys ni el propio César Carlos V, en castigo de la befa hecha a su agente, mandaron demoler hasta los cimientos, no solamente la casa de don Martín, sino el pueblo entero de Castellar, que había reído el chiste de su boyardo, el feudal defenestrador. Lo había coreado con general repique, sin duda por lo de que «cuando se desfaja un pobre, quince metros «tie» el tablón; cuando un rico pega al guardia ¡es un Cid mi señor Don!»

Joaquín Costa mete diagonalmente la cuña de sus ácidos críticos en la falange de los nacionalismos racistas y judeorroboámicos hoy en boga, podridas matrices de las vándolocracias plutolatrodemocráticas, que actualmente escarnecen nuestro dolor de eccehomos: el dolor de entrañas, el dolor de parto, el dolor de madre, de España. Nuestro sabio con savia y desacademizado, en función de crear jurisprudencia siempre y de manufacturar historia, como Aragón Derecho, afirma que las agriculturas y las culturas —ciencias, artes, riegos— únicos metaempirismos, dignos de la vida, los infantó la ciudad: Babilonia, Grecia, Renacimiento, italiano, Murcias y Granadas arábicas, Municipalismo español. El fulgor de nuestro siglo de oro, con la propina del descubrimiento de América, es la copa de un árbol gigantesco, con raíces que vienen serpenteando a través de centurias, del Fuero de Sobrarbe y de la peña de Oroel, bas-

ción pastor de nuestra Reconquista; que lacta jugo, se calorífica, bebe y allega carburante en el campo oleífero de las cartas-pueblas y es fosfatado por la libertad armada de los concejos y de las comunas; hasta que el Leviatán del absolutismo, el monstruo bicéfalo del austroborbonismo, lo descuaaja sin misericordia y lo devora caimanamente, engulléndonos con él a todos nosotros.

n) Dos respingos de España.

No es por pura casualidad, por lo que el Aragón sobremontano, juntamente con Sierra Nevada, constituyen los relieves de vuelo más aguilar de nuestro territorio. No parece sino que la geografía haya querido dar con semejante desnivel, a los pueblos que hacen *camping* al pie de esas jibas colosas, la orden tajante de ser las dos cumbres del espíritu de mayor empinación y de excelsioración más empírea de nuestra raza.

Doblegóse a esa imperación irrecursiva El Andalus durante la latinidad y el califato. Por nosotros, y singularmente por nuestro arrabal cañí, tuvo el Lacio dos jefes del Imperio no esquizoides en los hispalenses Trajano y Adriano; tuvo filosofía y musa trágica, que le dió Séneca; tuvo retórica y *Ars bene Dicendi* que le escribió Quintiliano; tuvo agronomía, que Columela, le dictó; tuvo una epopeya grandiosa, no superior pero tampoco inferior a la de Virgilio, que Lucano produjo; y elevóse con el balletero de Bilibis la sátira a estratosferas, que no alcanzó con Persio, con Horacio y ni siquiera con Juvenal, y que siguen inambuladas, infranqueadas y sin descerrajar, desde que hizo mutis nuestro formidando baturro

Durante el plenilunio islámico, cuando en Alemania se come rutabaga al natural o sin cocer; y los lores ingleses se divierten, apostando a cual de ellos se tumba un barril de cerveza de más litros; y en Francia se duda de que el labriego sea un sér racional y de que por él haya derramado también Cristo su sangre, nuestra sublime Bética —especie de Grecia en gracia de Dios, y si no de María Santísima—es el único vecindario europeo, que cuenta con politécnicos, bibliotecas y baños; en el que hasta las rasas del servicio doméstico hablan y escriben dos o tres idiomas y que abastece a las cortes bárbaras de médicos, matemáticos y filósofos.

Obedeció igualmente Aragón dicho decreto de lo alto, cuando fue la primera categoría y ocupó la cúspide de todas las jerarquías en Europa; cuando monopolizó toda la sal del mar, perforó hasta el corazón el Oriente, convirtió en dos pistas de sus

cabalgadas continentales a Italia y Francia, abofeteó con su regalismo en la propia curul al sucesor de San Pedro, dió a la Iglesia el tiarado de más numen político de la cristiandad y ligó la crema de las formas de Derecho Público vigentes hoy, perfilando también las del futuro.

p) Descalcetarse de risa.

De estar vivo Costa, a quien el solo nombre de España torcía y espinaba la boca, se la encendía como un chile, se la despellejaba y bañaba en sangre, y le tajeaba el corazón con las seis navajas de afeitar de sus seis letras, lo mataría la risa, si no lo ahogaba el llanto, viendo que Naciones sin partida civil de buen nacimiento, o con ella falsa, y acabadadas de salir del seno de la horda, se sindicaban comercialmente para el acogotamiento de un país, que no sólo ha desdoncellado alfabéticamente a las cien mil Juanas de Arco selváticas de estas Indias de tramonto, sino que desgenserizó, desbarbarizó y enseñó a lavarse la cara a Europa a fines del medioevo; y sostienen en equilibrio al sangrón hemorroidal de monicaco, que nos montó en la traviesa de la cruz la gardenia del Práter vienés y de los valsos del Danubio azul, Adolfo Hitler, en complicidad con la casa real de Windsor, que no ha deglutido aún la derrota de su Victoria eugénica, como ha revelado recientemente el escritor Wells, por cierto unos días antes de sernos, dicen, sospechosamente caramboleado a sus admiradores. Baste de acémila, con el que nos ensillaron nada más que porque Franco es la imagen fiel de la bestialidad de sus rodrigones; porque éstos son el retrato que envió a la novia el «Cucaracha», que para dejarnos sin plumas, se hubo de compinchar con los cascos de acero o de cerdo de la Bürgerbräu Keller de Munich, con los Favogrossas y los Derbergonzolis barbaelectrónicos, más todas las pulgas del Alemejejo, todos los chinches de Morería y todo el comején del Sinn Fein chuán, del sacristanesco De Valera.

Pero, de nada les valdrá su sevicia de Scarpías chinos a los Herodes de nuestra puericia. Se lleva de la nariz a pastar o al rodeo a cien millones de stalinianos, de churchilianos y de trumanianos. Pero, nadie hace arar en yunta a dos españoles —a un español y a una española— que no le hayan echado previamente la bendición a su amor, ellos mismos.

Y el amor, que, como el de Beatriz a Dante, nos quema los huesos a los apiñados hoy aquí, es el de nuestra diva y panagia Ausente mística; de la que por todas las telegrafías alocarradas del titirimundi,

nos llega el mensaje morriñoso, con un apremio, que tiene el langor penetrante e inaromado de la camelia de tez de aluminio, de nuestros romances de montería:

Aquel corzo cariblanco,
que corre por aquel llano,
quien fuere mi caballero,
tráigamelo a la mi mano.

Días ha que yo ensoñé
que mi mal no será sano,
sí no me cazan al corzo
carizorro y rabricano.

**q) *El Himalaya, al lado nuestro,
apenas hace el bulto
de un champiñón.***

¡Nosotros somos así, manos! Las tres violetas, que hoy llaman Grandes del mundo y de las que apenas nos importa una semillita de ajonjolí, casi los ve nuestra lente del tamaño de un poroto careto o de una matita perejilera. Ni con microscopio captamos la figurilla triste de la anerobia adversaria nuestra, que apenas nos toca con la «venereable» calvicie al talón del huarache.

¡Y no digamos a España! Para llegarle a la sacrosantísima cintura a la pasioneramente dolorida Madre Patria, no basta una torre de Babel, como la que pudiera construirse con todos los palacios del West End de Londres y con todos los rascacielos de Rockefeller Center, puestos unos encima de otros.

Un poco tarde, y contemplando, posesos poco menos que de la furia del diablo pitio y crispados de horror, las neronadas de John Bulldog en Batavia, en el Pireo, en Jerusalén y en Bombay, nos hemos enterado de que los anatemas que Felipe II y la Inquisición arrancaron a la hipocresía del puritanismo y del luteranismo, no los inspiraban el amor a la Humanidad y la cuáquera filantropía de William Penn, sino la envidia que suscitaba un imperio, que, con ser de vastitud tan desmedida, no era tan vasto como nuestro espíritu, en donde tampoco se ha puesto nunca el sol.

**r) *Prendimiento de Cristo
por los ladrones.***

Nuestra grandeza, las fenomenales dimensiones de nuestra magnitud, ni nuestra Nación, ni nosotros,

se las hemos quitado a nadie; como dicen que robamos las alhajas del «Vita», y el oro que, para comprar el cielo al Pacelli que lo administra y vende lunetas y palos de gallinero en él, tenían hacinado los caballeros de la tenaza y los serafines de las doce tribus, en los sótanos de nuestra primera institución de crédito.

Por supuesto, nos tildan de compañeros de Jesús en la cruz, los mismos bellacos, matatías y donguindos de colgar, que aurificándose la bucal herramienta con nuestro sudor de servaje de guerra y de semiindiada reducida a esclavitud, cantan luego la gregoriana antifona de que nos han matado el hambre. Lo que nos está matando, sólo el verles a ellos la abyecta traza, son, sí, las ganas de comer, que es cosa muy distinta. El hambre que aquí trajimos, no se nos ha pasado aún, no se nos pasará nunca; solamente la puede apagar España, porque es hambre de ella, de su amor y de sus estrellas únicas, lo que tenemos.

¡Los tesoros de Alí Babá! ¡Las preesas de los Caballeros Tigres y de los Caballeros Aguilas, de los ídolos lanzados de sus altares y arrancadas de gargantas y orejas a bocados, por los carniceros mastines de la Conquista, a las esclavas y a las Abigaíles de nuestras colonias! Aquellas cautivas Andrómedas estaban esperando impacientes, como Israel, a su mesías. Necesitaban un Perseo que las sacase del negro agujero del alma de sus detentadores; y del condenado ombligo de coimas y de vacaje comprado a vil precio con fienta del demonio en los mercados de Estambul; que las restituyese a la gloriosa mina de su extracción ranchera.

Cansadas aquellas joyas de languidecer en la humedad reumatismal y el verdín de palafito, de cavernas troglodíticas; de hacer de celestinas de horribles carnuces de menudería y de muladar; de vejestorios en pudrición, dignos sólo de que se vaciase entre las ballestas de las costillas la cinta entera de una ametralladora; suspiraban por que llegase también su hora H o cero; o sea, la de alumbrar la modestia de capullo y el temblor himeneal feliz de Cármenes, Lolillas y Pilares honradas.

Las gemas rútilas han de espejear al sol. Los brillantes se llaman así, porque han de reverberar a la luz del día, y no enroscando una garra lechuza o de un cunaguaro feroz, sino convirtiendo en un ascua el rostro de la juventud hermosa; han de resplandecer incluso en las vitrinas de las casas de empeños, riéndose las tripas de haber calmado los calambres de estómago de un pobre, del que son lágrimas cristalizadas, y que la excesiva acidulación de las mismas petrificó.

Si, desde la Sertoriana de Huesca, primera Universidad del mundo, no fuera nuestra *gens*, catedrática de todos los saberes y rectora o rectora *a divinis* de la flor y nata de la Humanidad, nuestro calvario de Cristos sin Tabor y sin fiesta de las palmas, nos habría doctorado *in utroque*; y nos autorizaría a dar clases en Cambridge y en Oxford, en Harvard y en Columbia; y a poner en la misma silla del Sumo Pontífice cátedra de cualquiera estercoreación seca; de decencia fenicia y mesocrática, inclusive; de decencia, especialmente.

s) *Supervalores, por encima de toda cotización.*

Pues ¡qué! La vida del más repetido de nuestros Pulgarcitos, del más Pito Pérez que haya podido descolgarse aquí, del más sin ventura y San Buenaventura de nuestros hermanos muertos ¿se paga acaso con todos los pedruscos preciosos del Transvaal y con el encaje metálico entero del Banco de España —¡así se lo encajen a sus accionistas en donde yo diría!—?

No hay español ¡ni española! de los del 19 de Julio en Barcelona y de los de la defensa de Madrid, de los que hemos vivido 32 meses bajo metálicos firmamentos de aviones, pisando una geografía en trepidación y en ondulación permanente bajo los diluvios de los bombardeos aéreos, con el tímpano desgarrado por el alarido en anzuelo o en tornillo de los proyectiles, respirando un aire zamarreado por la detonación y rizado por el mordisco de las balas; no hay español, ni española, de nuestros días, que no valga un Perú y que no sea un héroe de leyenda; que, como Alvar Núñez Cabeza de Vaca, no rinda y descorazone a la adversidad, oponiéndole toneladas de hígados; que no se haga flan con cemento y con portland, y al mismo destino negro de Edipo no le acaba la calderilla, sufriendo tribulaciones de las que ensortijan y platinan el pelo, con inaudito coraje; que, en fin, no le plante cara a toda la Creación y a su Autor con dos pesetas y el tipo; con dos tostones y el tipo; o con una sola de ambas cosas, con el tipo o con los dos tostones.

t) *Una estrella en cada puñal del Toro Rojo ibero.*

Por eso —y para terminar con este géyser de nafta y con el picor de vuestras narices— se nos

teme más que al beriberi. Y esa es la única razón de que no se nos pueda ver ni en película. Somos en Europa y en sus cotos de caza y pesca boreales y australes, súper y subecuatoriales, el trueno gordo infalible, el apocalipsis irrefragable; la carga de profundidad del Hotel del Rey Salmista, puesta más profundamente aún que en el Sión mambís; quiero decir, puesta en los cuatro ángulos de la cueva de aquella flor de Sarón, que se llamó Barrabás, o en las bodegas de la nave del pirata England y de su gavilla. Somos el dinamitazo y el pistoletazo, que hace blanco seguro en el portamonedas que han por corazón los Jesuses, las Marias y los Josés de esta repugnante sagrada familia humana, que tiene la pretensión de ser nuestra parienta, de la parte de no sé qué raro ejemplar zoológico, y a pesar de su dramática inanidad y de su umbilicalismo indesbobinable, impanificable e inmasticable.

Somos la tormenta en toda la rosa de los vientos y en los cuatro puntos cardinales del globo. La tormenta con rasgaduras y zigzagueadas sonrisas de rayos y de relámpagos, ciertamente. Pero, la tormenta.

Somos la bomba atómica no espúrea, no adjudicada en subasta al mejor postor; no asalariada, no militarizada; no sentada a comer, en clase de convidado de piedra de comedia, en la mesa de los vendedores. Cargada con 40 siglos de ira y represado humor podre de los desbancados de la vida. Y la máquina infernal química podrá estallar como en Hiroshima y como en Nagasaki o fracasar como en el atolón de Bikini. Pero, que el polvorín español les revienta en la cabeza a nuestros trailleros y se la hace pedazos, eso solemnemente se lo prometemos a México y se lo juramos a Costa. Y ya se lo dio escrito Jehová a Moisés en el Sinaí.

Y le dijo, además, que la azogada piel de nuestro toro bravo, quedaba excluida de la obediencia a sus mandamientos, porque ni Dios mismo iba a poder con el genio monstruo, con el genio almogávar, beréber, abencerraje y alpujarro de España.

* Palabras dichas por el Autor en la conmemoración del Centenario de Joaquín Costa, que tuvo lugar en el Teatro de Bellas Artes, de la Ciudad de México.

Se publicarían, posteriormente, en forma de folleto por Ediciones ORBE, Altamirano 7-305, México, D.F.

N. de la R.: El anterior texto ha sido cedido para su publicación por Eloy Fernández Clemente.